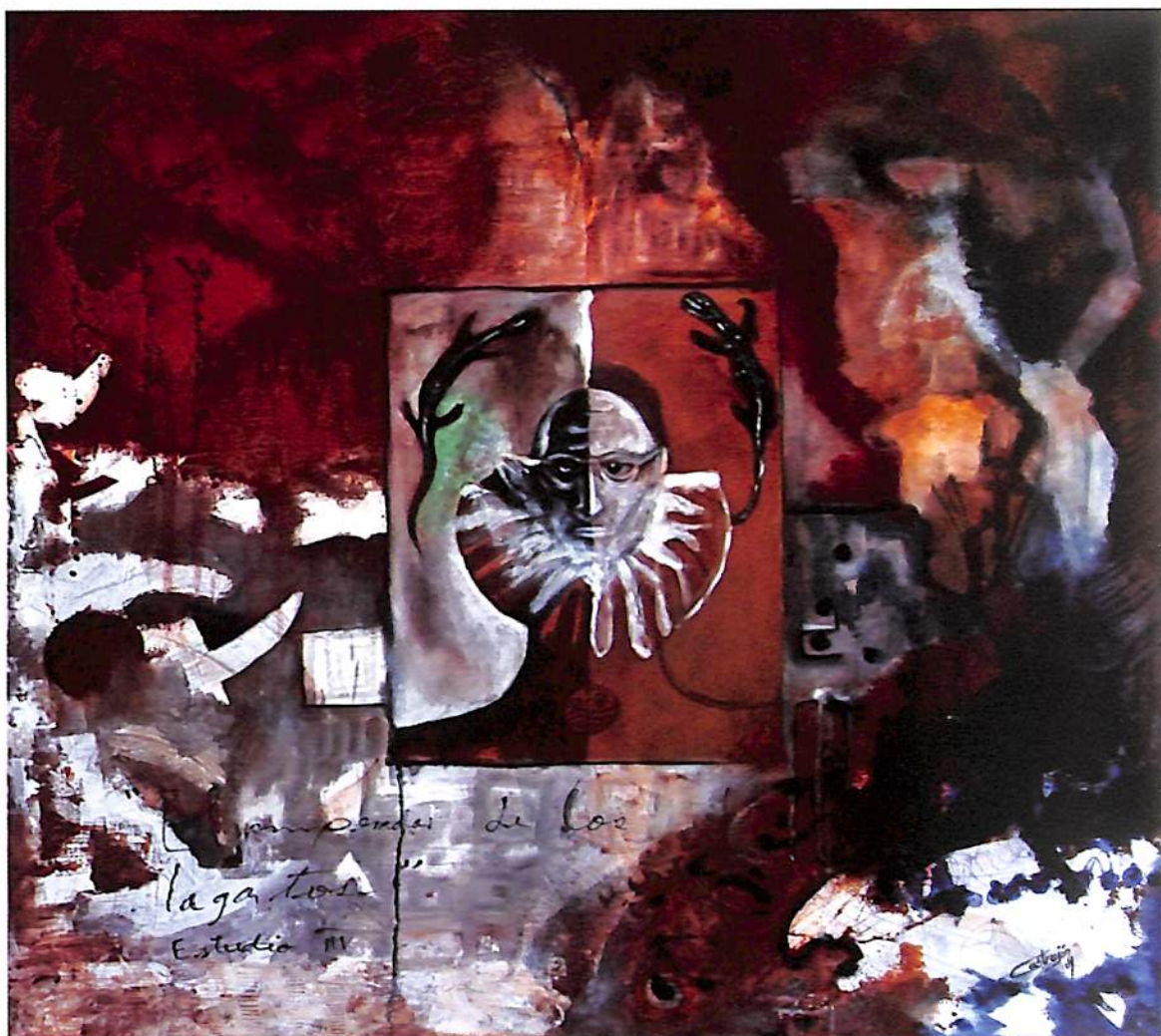


Italia en La Colmena

Sección a cargo de Guillermo Fernández



Homenaje a Gironella, 1.10 x 1.10 m, mixta/mas sobre lienzo

Mario Luzi

MÉNAGE

Vuelvo a verla, ya no sola, diferente,
en el cuarto más profundo de la casa,
en la luz unida, sin color ni tiempo, filtrada por
las cortinas,
con las piernas cruzadas sobre el diván, acurrucada
junto al tocadiscos a bajo volumen.
“No en esta vida, en otra”, fulgura su mirada gozosa
pero más elusiva, como afrentada
por la presencia del hombre que la limita y tritura.
“No en esta vida, en otra”, leo bien al fondo de sus pupilas.
Mujer capaz no sólo de pensarlo, de no tener esa soberbia
certidumbre.
Y no es ésta la última de sus gracias
en un tiempo como el nuestro, que no le es extraño ni adverso.

“Creo que conoces a mi marido”, y él orea una sonrisa importuna,
pronta y huidiza, como si quisiera quitársela de encima
y mandarla hacia atrás, más allá de una pared de años y niebla;
y mientras se me acerca tiene el aire de quien viene
al por tú, entre hombres, al asunto.
“¿Se puede obtener algo de los sueños?”, me pregunta,
clavándome sus ojos blancos
y vacíos, ignoro si de gurú o de torturador en una *villa triste*.
“¿Algo de qué clase?”, y la veo radiante de ternura

desde lo rubio de su mirada fluida y aguda,
medio apiadándose de mí, creo, por hallarme bajo esas zarpas.

“Al acoger lo divino los sueños de un alma madura
son sueños que iluminan; pero los de un nivel más bajo
son indignos, sólo son expresión de lo animal”, agrega,
clavando sus ojos impenetrables, que no sé si ven ni hacia dónde.
Aún no entiendo bien si me interroga
o sigue por su cuenta un discurso sin principio ni fin,
tampoco si me habla con orgullo
o si algo sombrío e inconsolable llora en sus adentros.
“¿Qué objeto tiene hablar de sueños?”, pienso
y busco un nido para mi mente
en ella, que está aquí, presente en este instante del mundo.
“¿Y ella no está soñando?”, prosigue, mientras sube de la calle
un vítreo griterío de niños que hiela la sangre.
“Tal vez la frontera entre lo real y el sueño...”, murmuro
y oigo la aguja de zafiro
en el último surco sin notas y el resorte del automático.
“No en esta vida, en otra”, ella exulta más que nunca
y en su mirada rebosa una luz indefendible, que ostenta
otros pensamientos,
los del hombre a quien tolera, deseándolos quizá, las caricias
y el yugo.

Bureau

Lo veo muy cerca de la puerta, de pie en su puesto,
inclinado sobre su escritorio, indiferente
a la fiebre amortiguada que agita
esa luz de acuario y de falso templo
que me rechaza y atrae al mismo tiempo.

Entretanto levanta con trabajo el rostro
y con el rostro una vacía mirada de imbécil o de enfermo.
No lo reconozco, pero por una punzada repentina sé
que no es ajeno a mi pasado, y, mientras me mira
lo voy buscando no entre mis amistades,
entre los rencores sordos e inexplicables de una edad
más cándida.

“¿Qué haces aquí?”, me pregunta
marcando las palabras más de justo,
como lo hace alguien ya muy hosco y amargado.
Acaso no es más que un hábito de hombre abatido y carente
de toda linfa,
pero me basta para reavivar
la herrumbre impalpable que hubo entre nosotros poco después
de la infancia.

No respondo; lo miro en medio de estantes y papeles
y me pregunto si ese es su reino
o la cárcel que lo ha envilecido y apagado.
“Cómo leer un destino en una cara tan inexpresiva”,
me digo, mientras aumenta mi inquina
y hasta deseo que me hable largo y tendido.

Callo delante de él, esperando,
él espera también, y pienso
si no hay en este encuentro cara a cara
algo más que un encuentro fortuito,
una deuda que saldar con un tiempo no muerto,
por lejano que sea, o para que un oscuro fin se cumpla.

“La muchacha cayó en tu poder, pero no le fue nada bien,
según supe”, graniza en mi cara
su voz llorona y ausente,
pero que lastima, animando
con una mueca o una sonrisa esa máscara mucho peor que la del
llanto.

“No sucedió como tú crees”, respondo
mientras vuelvo a ver el dónde y el cuándo
y, en un ángulo preciso, su ya viejo aspecto de gorgojo.
No pienso defenderme, pienso en el nudo
de aquel sufrimiento que quedó
sin remedio en aquel punto de su vida.

“Conozco bien a los tipos como tú. Sacrifican al prójimo
y a sí mismos cegados por una presunción de arte.
A veces ni siquiera te pasa por la mente lo que se pierde.
Tras una pausa prosigue: “Era mi salvación y la suya”,
y aguza tanto la mirada
que al fin afloran dos
pupilas que me traspasan.
“Quién lo sabe”, digo al hallar otra palabra

que nos hermane en el oscuro sentido
del bien y del mal hecho y recibido.

Pero no es hombre capaz de enfrentárase
en este punto que debería unirnos
como compañeros expertos en el dolor del mundo.
Lo veo acorralado en la propia ofensa, apretando los dientes,
y no sé si recrimina o si incuba
así la fuerza para desafiar a su infierno.

El silencio que sigue en la oficina
desierta, aunque no estamos solos,
es un silencio enorme, sin confines ni tiempo,
mientras la hélice del ventilador zumba
y rueda con un estremecimiento de hojas removidas,
y pienso en la lucha por la vida en los fondos marinos
y en el plancton.

“Pero no estoy acabado”, explota luego
con ojos desorbitados,
echándome a la cara su fuerte olor a tabaco y alcohol.
“No más que yo, no más que cualquier otro”,
murmuro reabsorbido por su arrojo,
y miro a través de un vidrio la muchedumbre
en la cual desapareceré dentro de poco.

A PARTIR DE *En el magma* (1964), noveno volumen luziano, menudean ya los poemas aporéticos, que serán una constante hasta el final de la vasta obra del poeta toscano. Deja atrás las aseveraciones tajantes, ese lujo que sólo la inexperiencia juvenil o la pasión dogmática pueden darse en los tremedales de la “verdad”. En esta poética el dogma cede su lugar a la fecundidad de la duda; las afirmaciones acerca de la historia personal o de la humana en general sólo dan pábulo a una dubitación que nos envuelve y arrastra irremisiblemente a reflexionar sobre la fragilidad de las verdades “eternas”. En esta poesía, el hombre contemporáneo anda mero-deando alguna verdad “en tan ventoso espacio, /hombre tras una huella fina y débil”, a la espera de que “una luz se anuncie a lo lejos”, confiando en el renacimiento del cristianismo traicionado por todas las iglesias, y consciente de que su “castigo es durar más allá de este instante”.

Mario Luzi nació en Castello, Florencia, en 1914; murió allí mismo en el mes de enero del 2005. LC